



ORIENTE MEDIO



Las calles de Jerusalén están llenas de árabes, pero la soberanía es defendida por israelíes. Los árabes dicen: «Al año que viene, en Jerusalén».

"EL AÑO QUE VIENE EN JERUSALEN" dicen los árabes

EL conflicto árabe-israelí está, de nuevo, a punto de estallar cruentamente. Por parte de los árabes existen una actitud de firmeza y una justa ambición reivindicativa inmovibles. Por su lado, Israel, con el apoyo de la diplomacia americana, del dinero americano y, por supuesto, de las armas americanas, ha convertido su pequeño y artificioso estado pseudo-socialista —la experiencia hebrea en Palestina ha sido socio-económicamente estudiada con detenimiento y revela la ineficacia práctica de la utopía de Martin Buber, el más alto teórico judío, puesto que se viene observando una paulatina regresión en la concreción de las fórmulas socializadoras hacia un capitalismo abierto— en un arsenal, además de haberse transformado en cabeza de puente yanqui en el contexto de la guerra fría.

Se registran en ciertos países europeos —en Francia y Alemania sobre todo— movimientos de simpatía o adhesión hacia la empresa política representada por el estado de Israel. Estos movimientos responden en su mayoría a la «mala conciencia» creada por los campos de exterminio y el genocidio sistemáticamente aplicado por los nazis contra la raza hebrea. Pero ahora todo indica que el racismo ha cambiado de cara y se ha en-

carnado precisamente en esta nación artificial que acogió a los que en otro tiempo sufrieron persecución en medio de la indiferencia general. Resultaría obvio insistir en el hecho, evidéntísimo, de que los árabes de Palestina sufren ahora opresión en su propia tierra, de la que han sido propietarios durante un milenio. Y la ejercen sobre ellos los mismos que pudieron escaparse a la acción del terror nazi. Detrás, condicionando una guerra latente, una contradicción que sólo puede resolverse racionalmente devolviendo a los árabes sus legítimos derechos, se alza el espectro de «Las Cinco Hermanas» del petróleo, y en torno se desarrolla el difícil juego equilibrista de la guerra fría.

No todos los países árabes están gobernados por regímenes progresistas. Pero la supervivencia de los residuos feudales y su entrelazamiento a alto nivel con los negocios del petróleo están precisamente condicionados por este estado de tensión permanente. Por otro lado, no hace falta subrayar que los más consecuentes campeones de los derechos que asisten a los árabes de Palestina son aquellos estados que se hallan instalados en la vanguardia de la transformación social de la gran nación árabe. Y están también, en el

mismo corazón del conflicto, arriesgando día a día su vida en favor de la misma causa, los guerrilleros de Al Fatah. En virtud de su acción cotidiana, que no conoce ni el retroceso ni el desmayo, sigue viva la atención del mundo hacia sus justas exigencias.

No es incurrir en esquemático maniqueísmo señalar con rotunda contundencia de qué parte está la razón. Al margen del juego diplomático, de los convencionalismos discursivos y de la «mala conciencia»; al margen, también, de estrategias mundiales y conveniencias de altura, están los derechos inalienables del pueblo árabe de Palestina, que soporta la opresión de un estado artificioso y belicista. Mejor dicho: que no está dispuesto a soportarla y se alza, con todos los medios a su alcance, contra los que la mantienen.

Detrás del claro partidismo de las declaraciones del alcalde judío de Jerusalén que hoy reproducimos, no es difícil adivinar quién sostiene la más justa actitud. En próximos números reproducimos otros trabajos que clarifican aún más el punto de vista que preside esta necesaria nota que precede a una entrevista que, por sí misma —por sus contradicciones, sus insólitas posturas—, denuncia implícitamente la realidad de la situación.

ORIENTE MEDIO

LOS árabes la llaman «El Kutz» («La Santa»). Los judíos, «Yaruchalaim». Para los demás, es Jerusalén, la ciudad de las tres grandes religiones.

Ultimamente, un coche hizo explosión en pleno mercado, causando doce muertos y muchos heridos. Nos ha hecho recordar Argel durante los peores momentos de la guerra. La misma técnica, el mismo pánico, el mismo sentimiento de inseguridad que se extiende bruscamente por la ciudad. La pregunta que todo el mundo se hace inmediatamente: ¿podrá haber, como en Argel, una solución negociada? El hombre que dirige esta nueva ciudad en la que desde ahora se vive peligrosamente, Teddy Kolek, el alcalde de la «Jerusalén reunificada», cree que no. A su modo de ver, lo que está pasando «no es más que un comienzo». Teddy Kolek acaba de publicar en Francia un bello libro sobre Jerusalén, y he sostenido con él una conversación que me ha dado poca esperanza.

PREGUNTA.—Usted es el alcalde de la ciudad, usted puede ser un objetivo para los terroristas. ¿Teme usted un atentado contra su persona?

RESPUESTA.—Por supuesto. Todo es posible. Pero sigo paseándome libremente por la ciudad.

P.—¿Por la ciudad árabe?

R.—Por la ciudad árabe. Muchas noches voy a cenar allí. Sin ningún guardaespaldas.

P.—¿No tiene usted un sentimiento de inseguridad?

R.—Mire usted: un atentado depende de una sola persona. El peligro existe siempre. Nada se puede hacer. Sigo viviendo en el mismo piso que ocupaba antes de ser alcalde.

P.—¿Cree usted que la población árabe es favorable a la presencia israelí en los territorios ocupados?

R.—¿Conoce usted árabes favorables a la ocupación? Yo, no.

P.—¿Los árabes simpatizan con los terroristas?

R.—No; los temen. Tienen miedo de ser víctimas de una bomba. Tienen miedo de la reacción de los israelíes al terrorismo. Tienen miedo de pagar las consecuencias. Tras el último atentado, hubo cierto pánico entre los árabes, que temían la venganza de los israelíes. No pasó nada, como usted sabe.

P.—Cuando fue elegido usted alcalde de Jerusalén, en mil novecientos sesenta y cinco, ¿pensaba usted que un día tendría que administrar toda la ciudad, comprendida la parte árabe?

R.—Muchas de las cosas que hicimos antes de la reunificación en mil novecientos sesenta y siete estaban concebidas en función del día en que se acabase la división de la ciudad. Los ejes de circulación, por ejemplo, estaban previstos no sólo para la parte Oeste, sino para toda la ciudad. Pero yo esperaba que la reunificación se haría pacíficamente y no por medio de la guerra. No esperaba la reunificación tan pronto, sino para dentro de veinte o treinta años.

P.—Cuando comenzó la guerra, el cinco de junio, ¿se dijo usted: «Ya está; ha llegado el momento»?

R.—En aquel momento, tenía otras muchas preocupaciones. Cuando los jordanos empezaron a bombardearnos, había en las escuelas cincuenta mil niños. Había que evacuar a las familias que vivían en las casas más expuestas. Algunos niños estuvieron durante tres días bloqueados en su escuela. Como usted comprenderá, en aquel momento lo que me preocupaba eran los problemas inmediatos.

P.—Se ha dicho que, al empezar los combates, le habían telefoneado a usted, anunciándole que la ciudad que usted administra iba a agrandarse. ¿Es cierto?

R.—Sí; es verdad. Cuando el general Narkis recibió la orden de responder al fuego jordano y de ocupar la parte Este de la ciudad, me telefoneó para decirme: «Teddy: esto ha empezado. Serás el alcalde de Jerusalén reunificada».

P.—El alcalde..., sí. Pero un alcalde elegido solamente por una parte de sus administrados.

R.—Es cierto. Pero dentro de once meses habrá elecciones municipales y los árabes serán convocados a votar, igual que los judíos. Y puede usted decir que, para la mayor parte de ellos, ésa será la primera ocasión en que elegirán a su alcalde. Porque en la época de la administración jordana tan sólo votaban los hombres y, entre ellos, solamente los propietarios tenían derecho a voto. En total, eran menos de cinco mil personas. En las próximas elecciones, todos los mayores tendrán derecho a voto, incluidas las mujeres.

P.—¿Curiosos electores los suyos! Porque no son israelíes...

R.—No; no son israelíes.

P.—¿Qué nacionalidad tienen?

R.—No hay duda: son jordanos.

P.—Entonces, ¿son extranjeros?

R.—Sí; son extranjeros. Pero en Jerusalén todo extranjero tiene derecho a votar en las elecciones municipales. Basta con vivir en la ciudad. Además, si los árabes lo desean, pueden solicitar la nacionalidad israelí, y se les concede.

P.—¿La solicitan?

R.—No.

P.—¿Ni uno sólo?

R.—Una docena, quizá. No vale la pena tenerlo en cuenta.

P.—Usted es el alcalde de la ciudad. Supongo que para usted es importante saber si los árabes se naturalizan o no. ¿Cuántos se han naturalizado: cinco, doce, veintidós?... Usted tiene que saber la cifra exacta.

R.—No; no la sé. Deben ser una docena; dos, quizá...

P.—Así pues, ¿los demás son extranjeros en la ciudad?

R.—Lo sé: es una situación difícil. Tome un ejemplo: algunos notables religiosos árabes han venido a pedirme autorización para construir un monumento al soldado desconocido árabe. Es el símbolo de los que han luchado contra nosotros. Sin embargo, les he concedido la autorización. Otro ejemplo: hace dos semanas, los árabes han pedido permiso para publicar un diario que exprese su opinión. Lo hemos autorizado. El diario se llama «El Kutz». El primer editorial se pronunciaba contra la soberanía

israelí en la parte Este de Jerusalén. El diario sigue apareciendo... En Jerusalén no hay censura. Los árabes están dispuestos a colaborar con nosotros en todos los planos, excepto en el político. En la administración de la alcaldía, ni un solo empleado ha abandonado su trabajo. Y seguimos pagando las pensiones de los retirados, etcétera.

P.—Así pues, ¿todo va a bien?

R.—No; los notables están contra nosotros. Son mil o dos mil, entre los sesenta mil árabes de la ciudad. Y es normal que nos sean hostiles. Un hombre que era ministro bajo el antiguo régimen jordano, hoy es tan sólo un simple ciudadano. Está cambiando la sociología de la ciudad. A menudo convoco reuniones de árabes, y les pregunto: «¿Qué es lo que marcha bien y qué marcha mal?» ¿Sabe usted lo que responden? Que desde que estamos allí, los jóvenes están demasiado bien pagados. En tiempos de la administración jordana, la diferencia entre los salarios más bajos y los más altos era de uno a diez. Hoy, tan sólo es de uno a tres. Forzosamente, el jefe de servicio no está muy contento con que su adjunto, que tiene muchos hijos, esté a veces mejor pagado que él.

P.—¿Y qué es lo que piensa ese adjunto de la administración israelí?

R.—Creo que los trabajadores, los jóvenes funcionarios, no tienen una opinión política definida.

P.—Pero hay muchos jóvenes en las manifestaciones árabes contra Israel...

R.—Sí. Pero esos jóvenes podrían estar del mismo modo en una manifestación a nuestro lado.

P.—¿No cree usted que la manifestación pública de su opinión indica algo diferente?

R.—Los que están en contra nuestra son, sobre todo, los dos mil notables de que le hablaba.

P.—En ese caso, hagamos una hipótesis: A consecuencia de una medida administrativa, esos dos mil notables, como por encanto, se van de la ciudad. ¿Se resolverían todos los problemas? ¿Se volvería bruscamente todo Jerusalén favorable a Israel?

R.—En verdad, el problema de Jerusalén está en función del conflicto israelo-árabe en su conjunto, y evidentemente no se resolverá más que cuando aquél haya sido objeto de un acuerdo global. Lo que nosotros podemos hacer, lo que nosotros queremos hacer en Jerusalén es demostrar que árabes y judíos pueden vivir juntos. No hay ninguna ciudad en el mundo en la que esto sea posible, se trate de Irán, de Siria, de Túnez o de Marruecos.

P.—Lo que usted dice no me parece exacto. En Marruecos hay casi tantos judíos como árabes en Jerusalén...

R.—Entonces, ¿por qué se van? Por otra parte, el problema no es ése. Lo que nosotros queremos es que los árabes puedan vivir en Jerusalén normalmente, con toda libertad.

P.—Pero bajo administración israelí...

R.—Durante tres mil años, Jerusalén sólo ha tenido importancia con los judíos. Con los egipcios o los babilonios, no era nada. El mismo Hussein eligió Amman como capital, y no Jerusalén, porque para él Jerusalén es una ciu-



Para el alcalde de Jerusalén, los que protagonizan la oposición a los israelíes son los dos mil notables árabes; sin embargo, las manifestaciones se nutren de trabajadores y funcionarios. La convivencia de árabes e israelíes en la ciudad es imposible, al menos en los actuales supuestos.

dad de provincia, una ciudad extraña. Sin ser religioso, yo pienso que la ciudad puede aportar todavía ideas nuevas al mundo. Pero solamente si es nuestra ciudad.

P.—¿Conoce usted esa frase que circula entre los árabes: «A nosotros nos toca ahora decir: el año que viene, en Jerusalén»?

R.—Sí; la conozco. Nosotros la hemos estado diciendo durante mucho tiempo, antes de que fuera verdad. Yo les respondo: «Hablares del asunto dentro de dos mil años». La diferencia está en que nosotros no hemos tenido ningún derecho en Jerusalén durante dos mil años. Hoy, los árabes los tienen todos, salvo uno: el de la soberanía.

P.—¿Teme usted en un futuro próximo un atentado tan grave como el último en Jerusalén?

R.—Todo es posible. El coche cargado de explosivos lo temíamos hacía tiempo. También nos esperábamos una bomba en un cine. Hacemos todo por evitarlo. Quizá no tomamos suficientes precauciones. Siempre cabe que ocurran cosas más graves. Pero en Jerusalén no habrá detenciones masivas, gratuitas: no habrá campo de concentración. Porque esto es, precisamente, lo que buscan los autores del atentado. Quieren terminar con nuestra experiencia de vida común entre árabes y judíos. Los atentados están dirigidos contra esa tentativa. Y para nosotros lo esencial es conseguir vivir juntos.

P.—¿Cree usted que las medidas tomadas para prevenir los atentados facilitan o complican esta tarea que ustedes se han marcado?

R.—Los árabes de Jerusalén no quieren violencia, aunque se opongan a nuestro gobierno. Me lo han dicho.

P.—¿Comprendidos esos dos mil de cuya hostilidad me hablaba usted?

R.—Desde luego.

P.—En ese caso, ¿quién es partidario del terrorismo? Según usted, la población está en contra, los anti-israelíes están en contra. ¿Sólo es partidario el que pone las bombas?

R.—La cosa es más complicada. Yo diría que es cuestión de esquizofrenia. Esas personas desearían que haya terrorismo en Tel-Aviv, pero no en Jerusalén.

P.—Finalmente, ¿cree usted que está teniendo éxito en su tentativa de coexistencia pacífica entre israelíes y árabes en Jerusalén?

R.—Lo que le puedo decir a usted es que en Nueva York se pegan en los autobuses blancos, negros y portorriqueños. En Jerusalén, no. En Estados Unidos, la violencia es cotidiana: Kennedy, Martin Luther King...

P.—Usted me decía hace poco que la solución de los problemas de Jerusalén dependía del contencioso general entre árabes e israelíes. Esto me parece también evidente. Mi impresión es que, desde hace varios meses, los árabes, en particular los egipcios, han hecho concesiones en relación con las tesis que defendían precedentemente y que ustedes, por el contrario, no han hecho ninguna.

R.—Es falso. Los árabes no han hecho ninguna concesión.

P.—Hay una que es evidente: han concedido a los navíos israelíes el derecho de paso por el canal de Suez.

R.—Se equivoca usted: jamás han dicho eso.

P.—Le aseguro a usted que lo han dicho; pero olvidemos esto. Caso de que lo dijeran, ¿qué harían ustedes?

R.—Yo no hablo en nombre de mi gobierno, pero creo que si los egipcios afirmasen que los barcos israelíes tenían derecho a atravesar el canal, las tropas israelíes se retirarían inmediatamente del canal de Suez.

P.—Así pues, ¿cree usted que Israel evacuaría los territorios ocupados?

R.—Repito que no hablo en nombre de mi gobierno. Pero está claro que si se desmilitarizase el Sinaí, sería evacuado en un noventa y nueve por ciento. Sólo continuaría ocupado el estrecho de Tiran, para garantizar la circulación de nuestros navíos y, si no me equivoco, con el tiempo también sería evacuado ese punto. En cuanto al resto, todo se puede negociar. Es una cuestión militar. Por supuesto, no ignoro que en mi país hay personas que quieren conservar todo. Pero la mayoría quiere devolver todo, a excepción de los lugares estratégicos. Esta es también la opinión de la mayor parte de los miembros del gobierno.

P.—Esto que me dice usted es extremadamente importante. Pero, ¿por qué no lo anuncia el gobierno israelí? ¿Por qué no hace públicas sus intenciones? A mi modo de ver, esto facilitaría, de manera quizá decisiva, el hallazgo de una solución.

R.—De todos modos, hay que comprender lo que ocurre en Israel. Seguimos estando en guerra. Hay un gobierno de unión nacional en el que las opiniones, evidentemente, difieren. La definición de una política de paz pondría a prueba a ese gobierno, con el peligro de que se rompiera la unidad. ¿En nombre de qué nos vamos a exponer a romper la unidad nacional basados en una simple hipótesis? Mientras los árabes no quieran negociar, sólo se trata de definir intenciones. En ese caso, ¿por qué renunciar a nuestra unidad sin saber a dónde vamos?

P.—Ha dicho usted que todo es negociable. ¿También Jerusalén?

R.—Jerusalén ha sido reunificada y ya nadie quiere reconstruir el muro, ni siquiera los árabes. Pero también en Jerusalén habrá que hacer concesiones, muchas concesiones... ■ GUY SITBON.